

Juan abrió la puerta y entró a su casa. Iba cargado con bolsas de la compra. Dentro de su casa reinaba el silencio. Algo extraño teniendo dos hijos pequeños y una esposa empeñada en gastar su tiempo libre tocando la guitarra.

-¿Hay alguien?- preguntó mientras cargaba con el peso de las bolsas, llevándolas a la cocina.

Nadie le respondió.

-Qué raro-Pensó.- No me ha dicho que iba a salir.

No le dio más importancia y siguió su camino hasta el dormitorio para ponerse las zapatillas de andar por casa. Volvió sobre sus pasos hasta el salón y entonces la vio. En la mitad de la sala había una esfera de un metro de diámetro y de color negro donde antes estaba la mesa.

Juan se paró delante de la esfera sorprendido. Miró a todas partes, necesitando encontrar una explicación a por que tenía esa esfera en el salón y por qué no tenía la mesa. Tras mucho intentarlo no pudo encontrar la mesa. Había desaparecido.

Cogió el móvil y llamó a su mujer. Una voz grabada decía que el teléfono de su mujer estaba apagado o sin cobertura. Comenzó a sentirse inquieto, por que ella no se solía ir sin dejarle una nota explicando que iba a hacer, aparte que le desconcertaba que tampoco estaban sus dos hijos. Decidió dominar su inquietud por que hacía una hora que desde que se fue a comprar y no era plan de montar una escena de marido preocupado.

Se sentó para ver la televisión. No contó con la novedad en la decoración de su salón, y al sentarse se dio cuenta que la esfera no era transparente y no podía ver la televisión.

Tras dudarlos unos instantes, cogió la esfera entre sus brazos y sintió al tacto que estaba hecha de un material frío. Supuso que estaba hecha de metal, aunque extrañaba que no pesara nada. De forma progresiva parte de la esfera comenzó a deshacerse en un mate-

rial líquido y viscoso para intentar fundirse con los brazos de Juan. Comenzó a sentir frío como nunca había sentido en la vida.

Contempló horrorizado como aquel líquido negro se extendía por su piel, uniéndose y fusionándose a ella, amenazando con engullirle. Vio que solo tenía la posibilidad de usar la fuerza, y comenzó a usarla, retirando su cuerpo de la esfera como si estuviera tirando de una cuerda, mientras algo en esa esfera hacía fuerza en dirección contraria. Tras un tiempo de tira y afloja en el que estaba viendo como el líquido viscoso que se asemejaba al petróleo ganaba la batalla y comenzaba a extenderse por su pecho, el líquido proveniente de la esfera volvió a su lugar de partida.

Se dejó caer en el sillón mientras se frotaba la superficie de los dos brazos para recuperar el calor. Le temblaban las manos sobremanera, y no tenía sensibilidad. Parecía que había metido los brazos en hielo y los había mantenido así durante horas.

Fue a la bañera, se quitó la camisa y puso los brazos en el agua caliente lo más que pudo resistir. Poco a poco fue recuperando la movilidad. Volvió al salón pensando en que hacer, cómo localizar a su mujer y como deshacerse de la maldita esfera.

Antes de elaborar un plan, le pudo la intriga sobre la fuerza que poseía ese objeto.

Tiró una bola de papel a la esfera para probar si lo que sucedió antes fue un mecanismo fortuito, y esta lo engulló como si fuera un depredador hambriento.

Juan se moría por saber adónde había ido a parar ese papel. Registró los alrededores de la esfera procurando no tocarla y no lo encontró. No conocía los milagros de la física pero no le encontraba una explicación lógica a la mera existencia de una esfera como aquella.

Fue a coger el móvil y a llamar a su mujer otra vez. Obtuvo como respuesta estática e interferencias. Decidió que iba a comer, y que probaría suerte después.

Tras la comida cogió el teléfono móvil y se sentó en el sofá. Comenzó a llamar, intentándolo una y otra vez, sin obtener una respuesta. Intentó no caer en el pesimismo, pero en verdad esta situación le preocupaba sobremanera, su mujer no salía sin poner una nota, aparte que no tenía ningún motivo para salir de casa en ese día, por no hablar que tampoco sabía donde se encontraban sus hijos. Prefirió pensar que aquello tenía una explicación y cómo no podía ir a alguna parte a buscarla ya que no tenía pistas decidió esperarla en casa. Con el ajetreo que había tenido en días anteriores, empezó a sentirse cansado y le costaba mantener los párpados abiertos. Se tumbó en el sofá y se quedó dormido. Durmió profundamente hasta que pudo oír la voz de su mujer que le llamaba.

-Juan... Juan...-

Era un susurro que tenía algo de hipnótico, cual canto de sirena. Se despertó sobresaltado. Estaba seguro de haber oído la voz de ella pero no estaba cerca.

-¿Elena?-la llamó.

Dudo por unos instantes

-¿Elena?- Insistió.

Esto le parecía un juego enfermizo. Se levantó del sofá y se puso manos a la obra, no aguantaba más esperando. Se agachó para coger el móvil que estaba caído a un lado de la esfera y lo que sus ojos vieron le hicieron espantarse por completo.

Una mano provenía de la esfera. Una mano con las uñas partidas, y un dedo destacaba sobre el resto por que formaba un arco imposible, visiblemente roto. Dicha mano ganaba terreno a la fuerza de la esfera y poco a poco iba sobresaliendo el resto del brazo.

-Juan... ayúdame...-

Era su mujer la que le pedía ayuda, y podía jurar que la voz provenía de dentro de la esfera. Juan se sentía paralizado. Estaba viviendo una situación imposible, y sabía que tenía que hacer algo para ayudar a su mujer pero no sabía el qué.

-Tengo que entrar en esa maldita esfera.-pensó.

No estaba dispuesto a pasar ese frío al contacto con la esfera, fue a coger un abrigo lo más grueso posible y volvió al salón, cogió impulso y saltó hacia la esfera.

Esta vez no sintió frío ninguno. Aterrizó del salto en el suelo de una habitación. Al levantarse pudo comprobar que era el salón de su casa pero parecía que los muebles, las paredes y hasta los mismos cristales habían pasado por una coloración negra intensiva. Miró al suelo. Hasta la alfombra estaba teñida de negro. El sitio que en su salón ocupaba la esfera ahora estaba vacío. Tuvo la sensación de que todo ese color negro provenía de la esfera, que todo lo invadía y todo lo llenaba de la negrura más absoluta.

Estaba asombrado y desconcertado. Aunque estaba en un lugar que se asemejaba a su casa no podía explicar muchas cosas, todo era demasiado, sobrepasaba su imaginación.

-¿Elena? –llamó a gritos a su mujer.

Al salir al pasillo la superficie cambió, ya no era el pasillo de su casa que llevaba hasta el dormitorio y otras habitaciones. Era un campo abierto con la hierba rala y dos árboles muertos. Ante él se extendía una negrura infinita. Era un mundo sin color.

-¡Elena! ¿Dónde estás?

Unas siluetas corretearon unos metros por delante de él.

-¡Elena! –volvió a gritar.

No tenía ninguna orientación, había ido por el impulso de dar ayuda a su mujer, pero no estaba preparado para lo que estaba viendo, no sabía adónde ir, y no tenía oportunidad de pedir ayuda a alguien. Pensó que lo mejor era seguir adelante, tenía pocas alternativas.

Mientras avanzaba por ese paisaje muerto, carente de color. Intentaba asimilar los detalles, captar todo lo que sus ojos podían ver. Forzando la vista podía distinguir en la lejanía unas lomas y unos animales que se movían a cuatro patas de una forma rápida.

En otras circunstancias habría pensado que eran lobos, pero en donde quiera que estuviese era imposible que fuera un lugar regido por las leyes de la naturaleza. Aligeró el paso mientras intentaba no perder detalle de lo que ocurría a su alrededor para tener oportunidad de ver todo de este mundo tan extraño.

Oyó un sonido gutural provenir de alguna parte. Hizo que le recorriese una sensación de frío pánico por la espalda. Intentó captar alguna sombra dentro de la negrura, pero en ese lugar carente de luz resultaba imposible asegurar que podía encontrar a corta distancia.

No se sentía seguro. Aligeró el paso. Pudo ver una casa en la que había una luz encendida. Era un como un faro en un mar de oscuridad. La casa le resultaba conocida en cierta medida, pero no podía concretar en que. Tenía un aire que le resultaba familiar.

Fue en esa dirección con la esperanza de encontrar alguien que le pudiera prestar ayuda o explicarle que pasaba. La puerta de la casa era de madera, y la fachada rústica. Contemplando aquella estampa, viejos recuerdos acudieron por sorpresa a su memoria. Recordó que hacía varios años iba en vacaciones, con su mujer, a una casa rural parecida. -¿Dónde estas?-pensó.

La puerta de la casa estaba abierta. Pasó adentro. Sonó un interminable chirrido cuando cerró la puerta. Juan pudo ver al amparo de la luz proyectada por una lámpara vieja, una persona sentada tras una silla que miraba a la ventana.

-Perdone...-dijo Juan intentando atraer su atención.

No tuvo éxito.

-Señor...-insistió Juan

Solo obtuvo más silencio como respuesta. Juan estaba empezando a desesperarse con la situación que tenía a su alrededor. Se acercó hasta aquella persona sentada y le tocó el hombro. Lo notó frío como el mármol. Intrigado, se situó frente a esa persona y com-

probó por que no recibía respuesta. Había muerto. Tenía marcas de arañazos y mordeduras profundas que dejaban a la vista el color blanco tan inconfundible de los huesos, todo rodeado de sangre reseca.

Esta visión dejó a Juan aterrorizado. El autocontrol que había tenido antes, pensando que todo tenía una explicación, se vino abajo por completo al contemplar el resultado de una violencia irracional. Necesitaba un arma o algo que hiciera el mismo efecto. Estuvo registrando la planta de la casa en la que estaba, para poder buscar algo que le resultase de ayuda, pero no encontró nada.

Vio una escalera que llevaba hasta un piso superior. Subió los escalones de madera, cada paso que daba le hacía creer que los escalones iban a ceder sobre su peso. Llegó a una especie de dormitorio. Lo registró a fondo pero no consiguió nada de utilidad. Al final de la habitación había una puerta que Juan traspasó. Dicha puerta llevaba al desván de la casa. En el desván reinaba la oscuridad completa. Solo podía distinguir las sombras de los posibles muebles y trastos viejos. Fijó su atención en que sobre todo esta oscuridad destacaba dos intensas luces amarillas, y pequeñas. Algo dentro de esa negrura emitió un gruñido y esto le bastó a Juan para cerrar la puerta de un portazo y salir corriendo. Pudo oír un estruendo, y la puerta cedió sobre sus goznes y algo traspasó el marco.

Juan no se detuvo a ver que era. Visto el final del hombre sentado en la silla y recordando el aullido que había oído antes, estaba seguro de que era un animal y de que era el causante de su muerte. Corrió como alma que lleva el diablo. Llegó a la planta de abajo hasta volver a la calle. No le dio tiempo a ver nada más por que oyó un estruendo fruto de romperse cristales y pudo comprobar mirando hacía arriba que la ventana del desván se acababa de romper y era por culpa de ese ser. Aterrizó en el suelo como si hubiera saltado una distancia irrisoria y al verlo de cerca Juan se sintió más aterrorizado si cabe.

Era una especie de lobo con un pelaje negro, ojos amarillos y las patas sobremusculadas. Tenía una dentadura blanca, perfecta, y le chorreaba una baba viscosa. La última visión que tuvo Juan antes de morir fue el brazo de su mujer roído como un hueso de pollo que dejó caer la bestia para poder morderle a él.